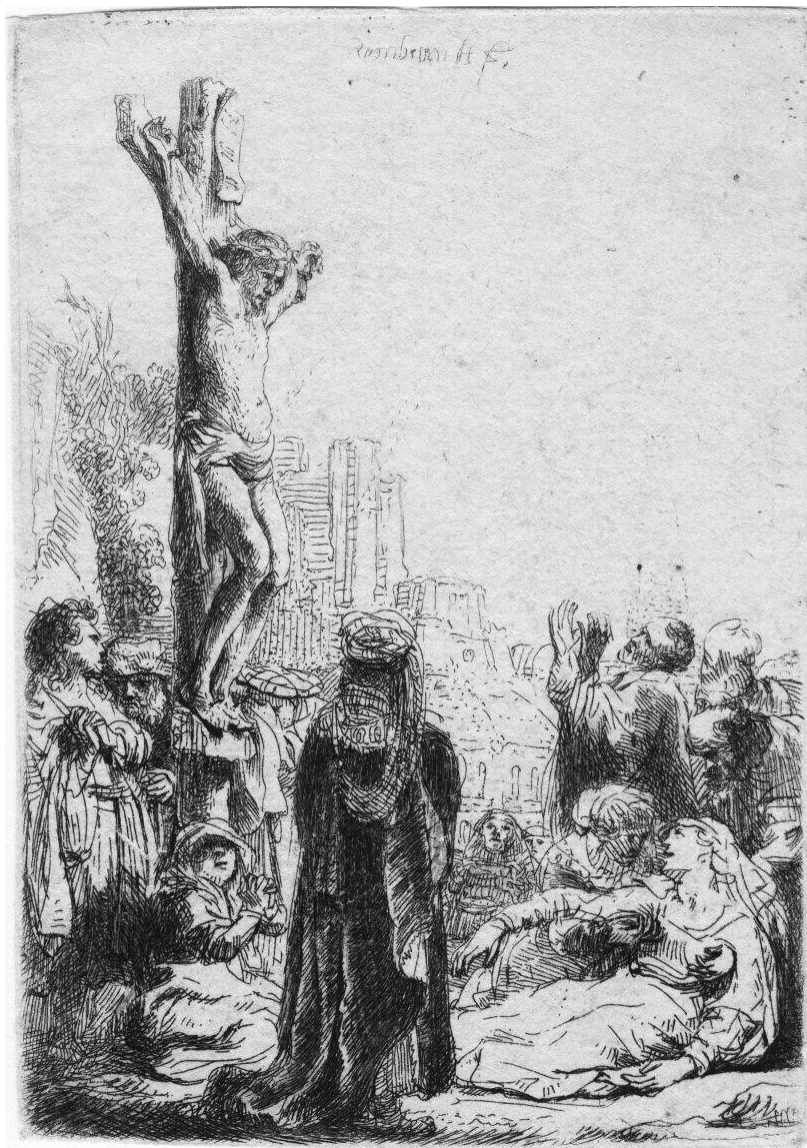


LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO

ORATORIUM MUSICI



ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE ALCALÁ DE HENARES

ENSEMBLE PRAETERITUM

Portada:

Crocifissione di Cristo

Rembrandt Harmenszoon van Rijn

LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO

ORATORIUM MUSICI

Música de FRANZ JOSEPH HAYDN, *Las siete últimas palabras de Cristo* (Opus Hob. XX 1B). Interpretado por ENSEMBLE PRAETERITUM (quinteto de cuerda).

Texto de CHARLES JOURNET, *Las siete palabras de Cristo en la Cruz*.
Adaptadas por el P. Enrique Santayana C.O.

«Las siete palabras de Cristo en la Cruz nos introducen en el drama de un Dios crucificado por el mundo. Cada una de ellas descubre un matiz de este misterio único, que excede toda expresión y es capaz de iluminar todas las agonías de los hombres y de los pueblos. Acercarse a este misterio con suave contemplación silenciosa es el único medio de honrarlo y de dar a la propia alma la dimensión de profundidad».

Charles Journet, *Las Siete Palabras de Cristo* (1951)

PRÓLOGO

Con ocasión del V centenario del nacimiento de san Felipe Neri, celebramos dos oratorios musicales: en el Adviento de 2015 y en la Pascua de 2016. En las dos ocasiones contamos con la Escolanía de la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Era nuestro deseo retomar una tradición que nació con san Felipe: encuentros de meditación de los misterios de Cristo guiados por la música como elemento principal, si bien no único: música de calidad acompañada por la palabra, que pone ante la inteligencia el objeto preciso de la contemplación. Es lo que se llamó «Oratorio Musical».

En esta ocasión, al inicio de la Semana Santa, centramos la atención en las siete palabras de Cristo en la Cruz. La música es de Joseph Haydn. Se trata de un oratorio que sigue el desarrollo de las últimas palabras del Salvador. Escucharemos no su primera gran versión orquestal, sino otra para cuerda que hizo el mismo autor. En nuestro caso, los músicos de *Ensemble Praeteritum*, han enriquecido esta versión para cuatro instrumentos con la adición de un bajo, que da profundidad y solemnidad a la interpretación.

Quería ofrecer un texto que estuviese a la altura de la música de Haydn y he recurrido a la obra del Cardenal Charles Journet: *Las Siete Palabras de Cristo*. El problema es que es una obra extensa, escrita para una prolongada meditación de la Cruz. He tenido que elegir algunos puntos, adaptarlos y componer breves meditaciones para intercalarlos con las sonatas de Haydn. He tomado el texto con entera libertad, siguiéndolo casi literalmente a veces y alejándome, otras veces, de su tenor original, sobre todo en las meditaciones escritas para las dos últimas palabras de Cristo. Como en este encuentro de oración y música carecemos de pretensión académica alguna, no me he preocupado de precisar en el texto qué está tomado literalmente, qué está reelaborado o qué es totalmente diverso y nuevo.

P. Enrique Santayana C.O.

DESARROLLO

- Breve introducción a la obra de Joseph Haydn.
- Procesión de entrada.
- *Et Verbum caro factum est*. Oración.

Introduzione. Maestoso e adagio.

Primera palabra: «*Pater, dimite illis, non enim sciunt quid faciunt*». «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Sonata I, Largo.

Segunda palabra: «*Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso*».

«En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

Sonata II, Grave cantabile.

Tercera palabra: «*Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua*».

«Mujer, he aquí tu hijo... He aquí a tu madre».

Sonata III, Grave.

Cuarta palabra: «*Eloi, Eloi, lama sabachthani? Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ». «Eloi, Eloi, lama sabachthani? ¡Dios mío, Dios mío!

¿Por qué me has abandonado?»

Sonata IV, Largo.

Quinta palabra: «*Sitio*».

«Tengo sed».

Sonata V: Adagio.

Sexta palabra: «*Consummatum est*».

«Todo está consumado».

Sonata VI, Lento.

Séptima palabra: «*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*».

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Sonata VII, Largo.

Terremoto. Presto con tutta la forza.

- Silencio.
- Bendición.

Introducción a la obra de F. J. Haydn

En 1785 Franz Joseph Haydn recibió el encargo de la ciudad de Cádiz de componer una obra instrumental que sirviera de meditación a las siete últimas palabras de Cristo en la Cruz. En este momento la fama de Haydn se extendía por toda Europa, siendo también muy apreciado por los ilustrados españoles.

Para explicar las circunstancias que dieron origen a esta obra se han citado repetidamente las palabras que el propio Haydn escribió años después:

"Hace unos quince años me fue encargada por un canónigo de Cádiz una composición de música instrumental sobre las Siete Palabras de Nuestro Salvador en la Cruz. Era costumbre en la catedral de Cádiz presentar todos los años un oratorio durante la Cuaresma, el efecto de la interpretación se realizaba con estos detalles: las paredes, ventanas y columnas del templo se cubrían con cortinas negras, sólo una gran lámpara suspendida en el centro rompía aquella solemne oscuridad. Al mediodía se cerraban las puertas y comenzaba la música. Después de un preludio, el Obispo subía al púlpito, recitaba la primera palabra y hacía una alocución sobre ella; terminada ésta bajaba del púlpito y se postraba ante el altar. Durante esta pausa debía sonar la música. A continuación el Obispo pronunciaba la segunda palabra de la misma manera, después la tercera, y así sucesivamente, interviniendo la orquesta a continuación de cada alocución. Mi obra se tuvo que sujetar a estas condiciones, y no fue tarea fácil componer siete adagios seguidos de unos diez minutos de duración, y hacerlo de manera que no causara fatiga a los oyentes".

En realidad, como ha aclarado el profesor Marcelino Díez Martínez, es poco probable que el Cabildo de la Catedral de Cádiz hiciera este encargo a Haydn, ya que no hay constancia documental de ello en su archivo y, además, tampoco parece que se interpretaran en la Catedral este tipo de obras, consideradas "teatrales" por las autoridades eclesiásticas del momento.

El encargo parece encajar mejor con una práctica religiosa originaria de las misiones jesuíticas de Perú que fue extendiéndose desde mediados del siglo XVII por Hispanoamérica y España. Se trataba del *Ejercicio de las Tres*

Horas, que tenía lugar el Viernes Santo, entre las 12 y las tres de la tarde, rememorando las “siete palabras” –siete frases– que pronunció Jesús desde la Cruz. Parece que fue el jesuita Francisco Castillo quien inició esta práctica en Lima hacia 1660. Otro jesuita peruano, Alonso Messía Bedoya, tuvo la idea de introducir interludios musicales entre los comentarios a cada una de las palabras y divulgó esta práctica mediante un libro titulado "Devoción de las Tres Horas de la agonía de Cristo... y Método con que se practica en el Colegio de la Compañía de Jesús de Lima y toda la Provincia del Perú", editado primeramente en Sevilla en 1757 y posteriormente en diversas ciudades españolas.

Hacia 1756 esta práctica, que se celebraba en Cádiz desde hacía al menos veinte años al aire libre, se trasladó al Oratorio de la Santa Cueva, una pequeña Capilla subterránea junto a la Iglesia del Rosario. Unos años después se hizo cargo del Oratorio y de la Congregación que allí se reunía el sacerdote José Sáenz de Santamaría, nacido en Veracruz, Nueva España, hijo del marqués de Valde-Iñigo, un rico comerciante que tras enviudar se estableció en Cádiz. Tras heredar el título y la fortuna de su padre, Sáenz de Santamaría amplió la Santa Cueva en 1783 e hizo construir sobre ésta una suntuosa capilla. Parece que fue un amigo suyo, Francisco de Paula María de Micón, marqués de Méritos, gran amante de la música y con numerosos contactos en la corte de Madrid, quien contactó con Haydn, escribiéndole una carta en latín para encargarle la composición.

La obra fue probablemente interpretada por primera vez el Viernes Santo de 1786 –o al año siguiente– en el mencionado Oratorio de la Santa Cueva, en Cádiz, cuyo altar frontal estaba presidido por un espléndido Calvario completo en mármol, de tamaño natural. Haydn tituló su composición “Siete sonatas con una introducción y, al final, un terremoto”. Sabemos que el propio Haydn escribió varias versiones, una para cuarteto de cuerda –en la que cada número está precedido por la lectura de las palabras de Cristo en su versión latina–, una versión para solistas, coro y orquesta, y una reducción para piano.

Un testigo de 1886 describe así la interpretación del Oratorio:

“Concluida la explicación de la palabra se enlaza el eco de la última sílaba con el primer acorde de uno de los siete andantes musicales; y esta

transición, tanto más inesperada cuanto que la melodía baja del cielo, suspende el ánimo del auditor, impidiendo todo género de curiosidad. Y es que a uno de los lados de la cruz, cerca de la cripta que alumbraba la iglesia hay dos ventanas laterales con celosías, y por aquellos huecos invisibles se derraman las notas tenues de los cuatro instrumentos, como por la cúpula se derrama la tenue claridad sobre el grupo de la cruz”.

Desde entonces cada Viernes Santo es interpretada esta obra de Haydn en la Santa Cueva. Manuel de Falla recordaba la conmoción que le produjo escucharla junto a su madre cuando contaba tan solo seis años de edad. Como ha escrito un comentarista: “La música de las sonatas describe el estado de ánimo de Jesús, del buen ladrón, de la Virgen María y de Juan, de quienes crucificaron a Jesús... Cada fragmento del texto recibe en la música instrumental un tratamiento capaz de conmover incluso al oyente más inexperto... Llama la atención el uso frecuentísimo de notas repetidas, como si quisiera subrayar los golpes recibidos, el fluir de lágrimas, sudor y sangre, el continuo batir del dolor”. El final de la composición evoca el terremoto que sacudió el Calvario tras la muerte de Jesús, pero también sitúa al oyente ante el inminente anuncio de la Resurrección.

En este Oratorio de San Felipe Neri, ya cercano el Viernes Santo, escuchemos ahora la genial obra de Haydn.

D. Juan Miguel Prim Goicoechea,
Vicario Episcopal para la Evangelización y la Cultura

Procesión de entrada

En el nombre del Padre ...

Et Verbum caro factum est.

Io 1,14

Y el Verbo se hizo carne.

El Verbo es tan de Dios que en Él se cifra lo que Dios es: «en el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios». El Verbo es la Palabra pronunciada por el Padre, Palabra interior a Él, engendrada por Él como Hijo. «Una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma» (San Juan de la Cruz).

Porque esta Palabra puede ser escuchada, ha descendido hasta nosotros: se ha hecho carne y así se nos ha entregado para poder ser abrazada y acogida toda entera. No hay más que imaginar a Santa María abrazando a Jesús: al hacerlo, abrazaba al Verbo eterno de Dios.

Pero se hizo carne también para decírsenos en palabras humanas. En las palabras de Jesús, breves palabras de hombre, se nos dice la Palabra eterna; en humildes palabras, la Palabra creadora del Universo; en palabras humanas, Dios. Por eso las palabras de Jesús no se nos abren nunca del todo y no podemos agotar del todo su sentido, pero despliegan sus riquezas en quienes las acogen.

Las palabras de Jesús no brotan de sus labios más que una sola vez y sin embargo empapan el corazón de los santos: «Imprimen en el alma la sustancia de aquello que significan» (S. Juan de la Cruz), esto es: imprimen en el alma no solo el recuerdo, sino la realidad misma del Verbo encarnado. Así la Iglesia, el conjunto de los santos, el conjunto de los cristianos, viene a ser Evangelio continuado.

Están las primeras palabras de Jesús, aquellas que María le enseñaría a pronunciar. Están las primeras de su infancia que recoge el Evangelio y también las primeras de su vida pública. Están las palabras pronunciadas después de haber pasado la muerte, ya en posesión de la vida gloriosa. Y están las palabras pronunciadas en la cruz, justo antes de morir. La dignidad, la majestad de estas palabras es infinita.

El Verbo es una Palabra que nace del silencio de Dios y todas sus palabras también nacen del silencio y están rodeadas de silencio. El silencio

de su vida oculta: venido a enseñar la Verdad de todos los tiempos, habla tres años y calla treinta. Los silencios de su vida pública: después del Bautismo, cuarenta días en el desierto y tantas otras soledades que envuelven sus días. El silencio es la garantía de las palabras verdaderas. ¿Qué valen las palabras que no van transidas de silencio? Son hojas muertas que se lleva el viento.

Las siete palabras de Cristo en la Cruz son las últimas de su vida mortal. El Verbo empuja libremente hacia la muerte a su naturaleza humana, en la que lleva todo el peso del mal de nuestro mundo. Las siete palabras son los pasos de su aproximación a la muerte. Ellas dan voz a este misterio. Lo que es drama espantoso se convierte por ellas en enseñanza. Se nos ha encendido una luz: la luz del Verbo, oculta en el corazón sangrante de la Cruz.

Oremos:

Señor, Dios nuestro,
que has querido que tu Hijo
muriese por nosotros en la Cruz.

Por medio de sus últimas palabras
concédenos adentrarnos
en la contemplación de este misterio,
gozarnos de la belleza que esconde
y ser transformados por la bondad
que de allí brota sin agotarse.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Introduzione. Maestoso e adagio.

Primera Palabra:

Jesus autem dicebat:

«Pater, dimite illis, non enim sciunt quid faciunt».

Lc 23,34

Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

La Cruz de Jesús es la luz infinita del Verbo bajo el velo del extremo sufrimiento humano. Jesús tiene el conocimiento de lo que va a ocurrir. Sabe que viene al mundo para morir en la cruz. A medida que se acerca su hora, quiere que se vea que conoce bien el desarrollo de los hechos que se avecinan. Quiere que se comprenda que, si en apariencia es víctima de los hechos, en realidad los domina. Desea que se vea lo que en realidad ocurre: que va a la muerte con soberana lucidez y con todo el poder de la divinidad. Clavado en la cruz, sigue dominando lo que ocurre y hay en Él una grandeza de ánimo inalterable.

En su primera palabra lo que aflora no es su terrible dolor, sino su preocupación por hacer descender sobre la tierra el perdón de su Padre.

Con Él llevaban a otros dos malhechores para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron, y a los dos malhechores con Él, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,33-34).

No le preocupa su dolor, sino nuestro pecado: la ofensa hecha a Dios y el daño que recae sobre nosotros mismos. Para un mal tan grande no hay remedio en la tierra. Jesús apela a la magnanimidad del cielo. Contra el odio, la locura y los crímenes es necesario seguir apelando a la magnanimidad del Cielo. Con Jesús entra en el mundo, para no abandonarlo jamás, una fuerza nueva, más poderosa que todo el mal de los siglos. Al viejo reino de la violencia se enfrenta ahora otro, que es un reino nuevo. A Jesús le seguirán los santos, los mártires. Es algo verdaderamente nuevo bajo el sol, un reino largamente esperado, el de los perdones de Dios. No reprocha nada a los hombres. Mira más allá de lo que ellos pueden ver, mira su destino eterno. Por ellos está en la Cruz y dice: «Padre, perdónalos», «Pater, dimite illis».

Sonata I, Largo.

Segunda palabra:

Et dixit illi Iesus:

«Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso».

Lc 23,43

Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

«Los primeros cristianos tenían horror de representar a Cristo en cruz. Demasiadas veces habían visto con sus ojos aquellos cuerpos miserables completamente desnudos, con las manos y los pies clavados, el cuerpo desplomándose bajo su propio peso y la cabeza colgando. Los ajusticiados, consumidos por la tortura y abrasados en sed, llamando a la muerte con gritos hondos y sin voz» (M. J. Lagrange).

Todo lo que aparece a los ojos es atroz; sin embargo, la luz infinita del Verbo brilla en el centro mismo del sufrimiento de Jesús. Sus tres primeras palabras no se centran en su dolor, se abren sobre el dolor de los otros: perdona al mundo, salva al ladrón y nos entrega a su Madre. Pronunciada ya la primera palabra para atraer el perdón de su Padre, ahora el perdón está a punto y se va a derramar.

Cuando llegaron al lugar llamado «el Calvario» le crucificaron. Y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda... Había una inscripción que decía: «Este es el Rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados le insultaba: «¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!». Pero el otro le reprendía: «¿Ni siquiera tú, que sufres el mismo suplicio, temes a Dios? Nosotros recibimos justamente el merecido castigo por nuestras obras, pero éste nada malo ha hecho». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le respondió: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,33. 38-43).

El desenlace de los crucificados con Cristo es misterioso. Toda vida que se le aproxima, para rechazarlo o para aceptarlo, alcanza de golpe la profundidad del propio misterio. Sobre la colina el espectáculo se repite en las tres cruces sangrientas y parecen iguales. Pero en realidad un abismo diferencia a los tres crucificados: uno da la salvación, otro la menosprecia, otro la recibe.

Al ladrón que clama perdón, Jesús podría haberle dado la salvación sin decir nada. Pero para que quede al descubierto la diferencia de las tres cruces, que una de ellas es el Origen de la salvación, capaz de purificar instantáneamente nuestros peores crímenes, responde: «*Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso*». ¡En el paraíso! ¡Con Cristo! ¡Hoy!

«Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). La nueva creación ha comenzado. El malhechor entra en el paraíso. El perdón lo ha purificado tan hasta el fondo que no habrá demora tras la muerte. Desde ese momento, la Cruz donde sangra el Salvador será levantada a lo largo de los tiempos como una radiante estrella capaz de lavar todos los crímenes y de iluminar todas las desesperaciones. Bastará que un corazón invoque, con plena conciencia, aunque sea en el último instante.

«*Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso*».

Sonata II, Grave cantabile.

Tercera Palabra:

Dixit matri suae: «Mulier, ecce filius tuus». Deinde dicit discipulo: «Ecce mater tua».

lo 19,25-27

Dijo a su madre: «Mujer, he aquí tu hijo». Entonces dijo al discípulo: «He aquí a tu madre».

Las palabras de Jesús no paran en su dolor. Quedan pocos junto a la cruz. Todas las cosas le abandonan y su misma Iglesia, aún balbuciente, parece disiparse en la tempestad de la pasión.

Estaban junto a la Cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «He ahí a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa (lo 19,23-24).

De forma definitiva, Cristo une la Iglesia, en la persona del discípulo, a su Madre, con la fuerza de una doble y misteriosa palabra: «He ahí a tu hijo», «he ahí a tu madre».

Jesús había apartado a su Madre de la vida pública, de las cosas de su Padre. La hora de la cruz es la hora en que más que nunca Jesús está ocupado en las cosas de su Padre. Pero en esta hora quiere a María allí presente. Ella se mantiene en pie, no desfallecida, como la representan a partir del Quattrocento, sino en pie, traspasada por el dolor, pero preparada para llevar todo el peso que le está reservado. Ella comprende lo que pasa, consiente en lo que consiente su Hijo y cumple su misión en este drama único.

Cuando Jesús le entrega al discípulo Amado, constituye a María, en virtud del martirio de su compasión, en Madre de todos los que Él engendra en la cruz. Juan y María reciben el puesto que tendrá la Iglesia a lo largo de la historia. Vinculada a Jesús por el amor, María participa de su acto redentor. La corredención es la misión de María como Madre y de la Iglesia como Cuerpo y Esposa de Cristo.

No redime la Iglesia a la par que su Esposo. Ella lleva el peso del mundo y Cristo en la cruz lleva a la Iglesia que carga con el mundo. No es un trabajo a la par, pero es una tremenda misión obligada por el vínculo del amor al Redentor.

Jesús pone bajo la protección de María a Juan, para que de ella aprenda toda la Iglesia el amor al crucificado. Juan, a su vez, recibe a María como Madre, no para protegerla, sino para venerarla.

Jesús habla a su Madre no para consolarla, sino introducirla, en aquel momento solemne, en el drama de la redención. Al decir: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», impide que el dolor de María quede como epílogo de su personal tragedia; abre su maternidad sobre la universal miseria de los hombres, para que engendre, por su oración, a cuantos Él pueda recrear con la sangre de la cruz. Así, toda la ternura del corazón de la Madre de Dios va a volcarse sobre la miseria de los hijos de Adán.

«Ecce filius tuus». «Ecce mater tua».

Sonata III, Grave.

Cuarta palabra:

Et hora nona exclamavit Iesus voce magna dicens:

«Eloi, Eloi, lama sabachthani?» Quod est interpretatum:

«Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?».

Mc 15,34

*Y a la hora de nona gritó Jesús con voz potente: «Eloi, Eloi, lama sabachthani?»
Que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?».*

En las tres primeras palabras Jesús se eleva sobre sus torturas. Las dos palabras siguientes expresan la intensidad de su dolor.

*Llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora nona. Y a la hora nona gritó Jesús con voz potente: «Eloi, Eloi, lama sabachthani?»
Que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»
(Mc 15,33-34).*

Desde el mediodía, la oscuridad cubrió la tierra. Parece que a las tres primeras palabras les siguió un largo silencio. Luego, a la hora nona, Jesús alza su voz con las palabras más angustiosas.

Su voluntad divina ha abierto la puerta del alma al peso de una indecible angustia, que le hace gritar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Jesús se adentra en la muerte, allí donde no está su Padre, y experimenta su lejanía. Avanza sin que nadie pueda seguirle y sin consuelo.

Pero no es un condenado, ni un hombre olvidado de Dios. Es Dios, que por amor al hombre asume toda la carga del pecado y experimenta la lejanía de Dios y la muerte que conlleva.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»: es un gemido desgarrador lanzado al cielo. Pero es algo más. Para este grito Jesús toma las palabras del salmo 21, que describía proféticamente el sufrimiento del justo.

Todo lo que Jesús sufre en la cruz es allí descrito muchos siglos antes: el clamor del justo abandonado, el desprecio del pueblo, las burlas diabólicas de los principales, la sed torturadora, las manos y los pies traspasados, el reparto de las ropas... Pero en el salmo el clamor del principio —«Dios mío,

Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»— es un grito de dolor, no de desesperación ni de rebelión, y pronto se transforma en un canto de esperanza y de alabanza. Cuando Jesús expresa su angustia con este salmo hace suya también la esperanza y la alabanza.

Jesús grita sumergido en la angustia, pero domina su propia desolación, puesto que lee en el pasado bíblico y toma las palabras del salmo. Parece vencido por el dolor, pero hay en Él una voluntad lúcida que decide aceptarlo y que aparece, así, soberana y libre. Él toma lo que el Padre le ha ofrecido en Getsemaní. La grandeza de alma que se mostraba en las tres primeras palabras no ha cesado. Libremente hace descender sobre la sensibilidad y el alma, la noche oscura de una desolación infinita.

«Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?»

Sonata IV, Largo.

Quinta Palabra:

Postea sciens Iesus quia iam omnia consumata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: «Sitis».

Io 19,28

Sabiendo Jesús que todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed»

La cuarta y la quinta palabra de Jesús hablan del exceso de su sufrimiento. Hasta ahora, sus palabras suponían una presencia, alguien a quien iban dirigidas. Incluso el «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado» tiene a Dios como interlocutor. Pero ahora el «tengo sed» parece lanzado al vacío, sin interlocutor, una soledad sin límites.

El «tengo sed» es lamento espontáneo arrancado a Jesús por el tormento de la sed, contra el que nada puede hacer. Lleva horas perdiendo sangre en la cruz. Todas las heridas de sus miembros se concentran en la llama de una sed que le devora.

Pero, al tiempo, otra vez, son las palabras de un salmo. Jesús elige las palabras precisas, su espíritu mantiene sin vacilación el camino trazado de antemano, con dominio va dando cada uno de los pasos, con libertad se entrega a la tortura. El Evangelio subraya esta soberanía: «Jesús, sabiendo que todo estaba consumado, para que se cumpliese la Escritura, dijo: “tengo sed”».

La sed corporal, verdadera, esconde otra espiritual. Santo Tomás de Aquino insiste en dos aspectos, carnal y espiritual, los dos verdaderos, de la sed de Cristo. «Si Jesús dijo “tengo sed” es ante todo porque muere con muerte verdadera, no aparente. Además, en esta palabra se muestra su ardiente deseo de la salvación del género humano. La vehemencia del deseo se muestra a menudo por la sed».

Enseñaba san Gregorio Magno que la palabra de Dios crece en quienes la acogen. En los santos alcanza poco a poco su desarrollo y comprensión. También el «tengo sed» se aclara en la vida de sus santos.

Santa Teresa de Lisieux, pocas horas antes de morir, escribe: «Jamás creí que pudiera sufrirse tanto. ¡Jamás! ¡Jamás! No puedo explicármelo más que por los ardientes deseos que he tenido de salvar las almas».

El sufrimiento redentor de Cristo en la cruz, no descubre su vehemencia más que a aquellos que se introducen decididamente en él sin reservarse nada. El misterio de la corredención abre los secretos del misterio de la redención.

Jesús sufre esta sed de la salvación porque puedo desviar mi vida del Amor que viene a mí. Puedo decir «no». Que muchos o pocos puedan decir «no» es la causa de la indecible sed del Salvador.

En la esencia divina donde sumergía su conocimiento, Jesús descubría con una sola mirada todo el desarrollo concreto de la historia del mundo. Veía, en cada minuto de su existencia, cada alma inmortal por la que se ofrecía. El anhelo vehemente de la salvación de cada una de ellas constituye la sustancia espiritual y real de su sed.

«Sitio»

Sonata V: Adagio.

Sexta Palabra:

Cum ergo accepisset Iesus acetum, dixit:

«Consummatum est».

Io 19,30

Después de probar el vinagre, dijo Jesús: «Todo está consumado»

Las tres primeras palabras de Jesús en la Cruz muestran su magnanimidad. Las dos palabras que le siguen hablan de un exceso de sufrimiento. En las dos últimas se trasluce el secreto y continuo diálogo que mantiene con su Padre.

Jesús había gritado «tengo sed» porque sufría una sed devoradora. Pero conoce el salmo, «en mi sed, me dieron vinagre», y sabe que la profecía ha encontrado su cumplimiento: ha llegado hasta el fin para hacer la voluntad de su Padre.

La Escritura anunciaba los pasos del Mesías para educar el corazón de los hombres en la espera de un amor que, de no ser anunciado, habría sido considerado imposible y no habría podido ser reconocido. ¡Tan sorprendente era!

Ahora el Hijo hecho hombre ha amado y ha obedecido hasta el extremo, se ha entregado por entero. Los pequeños detalles expresan el cumplimiento riguroso del plan trazado para la salvación del hombre. Jesús contempla la larga serie de profecías, en el orden en que fueron apareciendo para orientar la esperanza de Israel hacia este punto misterioso de la historia. Todas están cumplidas, incluso la que anunciaba el vinagre dado al justo para su sed. Jesús sabe que en el ahora de su entrega, el plan de Dios llega a su cumplimiento, aunque hombres y ángeles lo ignoran. «Todo está cumplido».

Pero, con todo, «los frutos sobrepasan la promesa de las flores», el don cumplido aventaja cualquier posible interpretación previa de las profecías. La Antigua Escritura ve su cumplimiento, pero queda anonadada y absorta ante él.

No era posible imaginar un amor tan alto a los culpables, no era posible sospechar una obediencia tan estricta a Dios, no era posible esperar a Dios

hecho hombre y al hombre-Dios sometiéndose así a la obediencia de Dios y al amor del hombre.

Se cumplen las profecías pero con una inaudita perfección, que no consiste en una nueva idea, «sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre» a las profecías antiguas: «un realismo inaudito» (Benedicto XVI, *Deus caritas est* 12).

Cristo recoge en una última mirada este mundo creado por Él, desfigurado luego por los hombres y a punto de ser recreado en este acto de amor y de obediencia que va a vencer la muerte.

¿Para qué ha sido creado el corazón del hombre sino para este amor inaudito de Cristo? Sí, para sorpresa de todos, el hombre ha sido creado para este amor que vence la muerte y le otorga la vida de Dios.

Cum ergo accepisset Iesus acetum, dixit: «Consummatum est».

Sonata VI, Lento.

Séptima palabra:

Et clamans voce magna Iesus ait:

«Pater, in manus tuas commendo spiritum meum».

Lc 23,46

Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

El espíritu humano es el principio de su libertad. La materia está ligada a leyes invariables, pero en el hombre la materia tiene espíritu y el hombre resulta un ser dueño de sí. Cristo dice: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Con ello se entrega por entero al Padre: todo lo que Él es y todo lo que ha asumido al tomar carne en el seno de Santa María.

Jesús encomienda al Padre el más preciado de sus tesoros: aquella naturaleza humana con la que se ha desposado. El hombre dado a luz, el que en la infancia ha ido creciendo en sabiduría y gracia. El que se ha

formado durante largos años en el ocultamiento de Nazaret, en el trabajo manual y en la oración. El que ha sido tentado, el que se ha conmovido ante el dolor de la viuda de Naim, el que se ha alegrado de que a los sencillos llegara el don de Dios, el que ha llorado sobre Jerusalén, el que ha lavado los pies de sus discípulos y los ha llamado a su amistad, el que ha sufrido la agonía de Getsemaní, el que ahora pende de la cruz... Pone todo en manos de su Padre, para «que nada se pierda» (Jn 6,12).

Nada de eso puede perderse sin perderse el universo entero. ¿Podría ser rescatado de la muerte el Hijo hecho hombre sin que se rescate cada una de sus palabras y de sus gestos, el entrelazado de sus pensamientos, de sus actos de voluntad y de sus hechos? ¿No perderíamos un mundo? ¿No perdería el Padre un mundo de su Hijo hecho hombre?

Cristo es la Palabra creadora y al entrar en el mundo como hombre asume todo y lo recapitula todo: la creación, la historia de los antiguos patriarcas, la historia toda de los hombres, con sus luchas por buscar el rostro de Dios, con sus olvidos y sus caídas. El Hijo Eterno se ha hecho hijo de María, hijo de David, hijo de Abraham, hijo de Adán, hijo del hombre. Su creación no será destinada a la destrucción, la búsqueda de Abraham, la mansedumbre de Moisés, el tierno afecto de David, la plegaria de tantos hombres... nada se perderá. De todo se hará justicia.

Él todo lo recapitula y ahora, al entregar su espíritu al Padre, lo pone todo en sus manos.

El Hijo se ha hecho hombre para abrazar al hombre moribundo y su destino. Por tanto, va a experimentar la muerte del hombre pecador. Pero pone todo en manos de su Padre, lo entrega todo para recuperarlo todo, más tarde, de nuevo.

«Pater, in manus tuas commendo spiritum meum».

Entonces se rasga el velo del Templo, se hace el silencio y la tierra se estremece.

Sonata VII, Largo.

Terremoto. Presto con tutta la forza.

SILENCIO

BENDICIÓN

«TODO ES VANIDAD, SINO CRISTO»
– SAN FELIPE NERI –